

El Canal en la literatura istmeña

DISCURSO DE INGRESO COMO MIEMBRO
DE NÚMERO A LA ACADEMIA PANAMEÑA
DE LA LENGUA

Panamá, 23 de mayo de 2013

por **Aristides Royo Sánchez**

Tres altos honores recaen sobre mi persona en esta feliz ocasión, que considero una de las más memorables de mi vida. He sido elegido por los académicos que han franqueado generosamente mi ingreso en esta ilustre casona; me ha recibido el poeta y catedrático Aristides Martínez Ortega, con quien me unen lazos de índole fraternal, más que amistosa, desde que tengo uso de razón; y me corresponde ocupar la silla de Diógenes de la Rosa.

Consumada nuestra independencia en 1903, transcurrieron treinta y dos años hasta que se fundó la Universidad de Panamá. Salvo una escuela y facultad de Derecho de breve duración, quienes deseaban estudiar una profesión debían acudir a centros universitarios extranjeros que no eran accesibles a muchos panameños carentes de los recursos económicos necesarios. Otros, los menos, lograron estudiar gracias a becas otorgadas por el Estado o en virtud de nombramientos como funcionarios en algunas embajadas y consulados. Entre los que no continuaron sus estudios porque tuvieron que trabajar desde temprana edad para ayudar al sostenimiento de sus hogares, hubo tres autodidactas que, a mi juicio, fueron los más brillantes del siglo pasado. Me refiero a Guillermo Andreve como creador de cultura, a Roque Javier Laurenza como experto en arte occidental y literatura clásica y a Diógenes de la Rosa como ensayista y pensador. Por ser tan conocida, no es necesario comentar su obra, que es prolífica y útil para comprender hechos históricos como el de la independencia, las relaciones entre Panamá y Estados Unidos, la insurgencia de movimientos nacionalistas y contestatarios de carácter popular, el papel de los partidos políticos y la idiosincrasia del pueblo panameño. Varias generaciones se han beneficiado de las enseñanzas de Diógenes de la Rosa, el escritor rebelde y valiente que mejor ha entendido la esencia de nuestro nacionalismo a través de una visión progresista, que al ponerla en práctica le causó en diversas ocasiones la pérdida de su libertad y cuando eso ocurría seguía escribiendo desde su celda, en osada reafirmación de sus creencias. Lo mismo hizo Silvio Pellico cuando Italia luchaba contra los austriacos.

Traté con asiduidad a Diógenes de la Rosa en el período de las negociaciones. Como poseía una portentosa memoria y albergaba en su cerebro la historia de la República, especialmente la relativa a las relaciones con Estados Unidos, muy pocas veces tuvimos que acudir al auxilio de los libros y archivos que se encuentran en el Ministerio de Relaciones Exteriores y en la biblioteca de la embajada de Panamá en Washington. Como alumnos en una cátedra de ciencia política y de historia amena y analítica, disfrutábamos sus apreciaciones acerca de Porras, Mendoza, Chiari, Harmodio Arias, Ricardo J. Alfaro, sobre las escisiones en el liberalismo y la evolución política y social que se reflejó en la moderna Constitución de 1946 que él contribuyó a redactar. Cada vez que se producía un estremecimiento político en el país, la persona a la que arrestaban primero para luego determinar si tenía alguna relación con los acontecimientos era Diógenes de la Rosa. Sus pensamientos, sus orientaciones y consejos sirvieron a negociadores de distintos gobiernos como brújula para sus actuaciones. Mi mejor recuerdo: el de verlo sentado en un sillón impartiendo socráticamente sus conocimientos; y nosotros, discípulos atentos, aprendíamos mientras él intercalaba su discurrir con ocasionales tientos a una copa de coñac. Mi mayor frustración: la de no haber logrado que escribiera sus memorias, a pesar de que le ofrecí secretaria, grabadora y edición a cargo del Estado. Optó por el silencio, tal como lo han hecho otros políticos panameños, motivado tal vez por el pudor de no querer desvelar para la juventud hechos que a su juicio merecían ser olvidados. En lugar de someterse a esa catarsis, prefirió seguir enfrascado en sus lecturas postreras, dedicadas a la historia y la filosofía. No obstante, al contrastar con sus sesudos escritos los hechos importantes que presencié o en los que le correspondió participar o de los que fue víctima, nos es dable apreciar y comprender gran parte de la historia política panameña y la conducta de sus protagonistas. No puedo dejar de mencionar que con su hijo Diógenes, quien sufre quebrantos de salud, guardo amistad entrañable desde la infancia y que luego de terminar la carrera de Derecho, el primer trabajo que desempeñé fue gracias a su hermano Hermógenes, en ese entonces procurador general de la Nación. Con su hija Marcia y su esposo Salvador, mantengo amistad desde hace más de cuarenta años. En mi última conversación con Diógenes pude captarle algún interés en la teología, porque me hizo algunos apuntes sobre un libro del sacerdote jesuita Xavier Zubiri, que yo le había remitido a petición suya.

Inicialmente, había escogido como tema «La cultura y la política en los inicios de la era republicana», pero a la mitad del camino me acordé de que el 9 de enero de 2014 se cumplirán cincuenta años de la marcha que emprendieron los estudiantes y un grupo de profesores del Instituto Nacional hacia la escuela secundaria de Balboa. Los animaba

el propósito de hacer cumplir la cláusula contractual pactada entre Panamá y Estados Unidos que obligaba a colocar las banderas de ambos países en los edificios públicos ubicados en la denominada Zona del Canal. Lo que pudo haber sido un gesto simbólico de reafirmación patriótica, la intransigencia de los residentes de dicha zona lo transformó en una reacción cruenta contra el pueblo panameño. El precio del ultraje fue alto en muertos y heridos; pero, como *no hay mal que por bien no venga*, la agresión y la consecuente ruptura de relaciones por parte de Panamá fueron la simiente que hizo germinar la recuperación de nuestra soberanía con la entrega del Canal y el cierre de las bases militares extranjeras. El otro acontecimiento que me hizo cambiar de rumbo fue que, el 15 de agosto de 2014, se cumplirá el centenario de la fecha en que el vapor Ancón, con el presidente Belisario Porras a bordo, hizo el primer trayecto completo por el canal de Panamá desde el Atlántico hasta el Pacífico.

En algunos de los grandes cambios producidos en el mundo, la historia nos revela cómo en el origen de esos movimientos o convulsiones un libro, una declaración, un ensayo, una canción o un himno vibrante tuvieron tanta o más importancia que las armas. En las colonias norteamericanas bajo el dominio inglés, la publicación de *El sentido común*, de Thomas Paine, ayudó a convencer a ciudadanos prominentes de la conveniencia de ser independientes e inspiró a ilustrados padres fundadores como Franklin, Jefferson, Monroe y Adams, entre otros. En Francia, fue la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano la que sirvió como detonante de la revolución de 1789, que empezó como una lucha contra el excesivo poder de la nobleza y finalizó con la extinción de la monarquía absoluta. En el fragor de las luchas revolucionarias en ambos países, se compusieron poemas que, al ser cantados, se convirtieron en himnos nacionales, tales como «La bandera ornada de estrellas» y «La Marsellesa».

En esta presentación, deseamos destacar el papel de la literatura en la formación patriótica y nacionalista de los panameños y en nuestra identidad como nación. Un pueblo con una frágil voluntad de independencia y menos amor por su tierra se habría convertido fácilmente en protectorado y perdido los principales atributos de la nacionalidad. Hay dos poemas de la primera década republicana que aumentan el afecto entrañable hacia el terruño. Uno es el de Ricardo Miró, «Patria», lo aprendimos en nuestra infancia y se recita con mayor emoción cuando uno se encuentra en el extranjero. Siendo estudiante en Salamanca, un grupo de compatriotas solíamos encontrarnos los sábados de luna llena en el patio chico ubicado detrás de la catedral construida en el siglo IX. En ese recoleto rincón histórico, vecino a los jardines de Calixto y Melibea, escuchábamos en estado de recogimiento la corriente del cercano río Tormes,

que, al pasar por las ruedas de un molino, producía un rumor que nos hacía recordar las olas del Pacífico convertidas en espuma al romper contra los muros de Las Bóvedas. De repente, y sin que nadie lo indicara, rompíamos el silencio para recitar en coro los versos del poeta que comparó las soberbias torres y las viejas campanas góticas de Barcelona con las de su solar nativo. Cuando recibíamos noticias de la impunidad en los delitos electorales y de la ascendente corrupción en la política, girábamos el rumbo de nuestra nostalgia para hacerla derivar hacia el «Canto a la bandera», de Gaspar Octavio Hernández. Entre los efectos del vino peleón y el tono grave y conmovido con que desgranaba los versos Marcos Arosemena Jaén, veíamos descender desde el firmamento una enorme bola de fuego pronta a extinguir con febril desasosiego a los que un día habían dejado de amar el esplendor istmeño.

Amelia Denis de Icaza compuso su poema «Al cerro Ancón», colina de trescientos metros en la que pastaban reses de propiedad particular y de la que descendía en breves saltos un chorrillo que desembocaba en una noria utilizada como lavadero público. A un costado, las mulas eran cargadas con pipotes de agua para su venta en la pequeña ciudad de aspecto colonial. Si bien los extraños secaron la corriente con sus pisadas y cercaron el cerro, al menos lo devolvieron silvestre y reforestado por las lluvias y el polen traído por los vientos. A manera de compensación, construyeron un moderno acueducto en la ciudad, que hizo desaparecer los pipotes y las totumas. A tempranas horas del 1 de octubre de 1979, fecha en que entraron en vigencia los Tratados Torrijos-Carter de 1977, tuvimos el honor de izar por primera vez en el idolatrado Ancón la enseña nacional, en la compañía solidaria de una docena de jefes de Estado de América Latina. Estamos seguros de que los negociadores de tratados con Estados Unidos en años como 1926, 1936, 1955 y 1967, unos aprobados y otros rechazados por Panamá, tomaron fuerzas de este hermoso poema que, más que de lucha y protesta, es de “amargura y frustración”, tal como expresó Moisés Torrijos en una antología titulada *Ancón liberado*. La mañana en que los negociadores panameños solicitamos la entrega del añorado lugar, tal petición vino precedida de un emotivo discurso de Rómulo Escobar Bethancourt, jefe del equipo negociador, en el cual hizo alusión a la importancia que para el corazón de los panameños tenía el cerro Ancón. Durante el almuerzo, les recitamos a los negociadores norteamericanos, macarrónicamente traducidos, los tres primeros versos del conocido poema, y en la sesión de esa tarde primaveral de 1977 nos informaron que el Ancón iba a ser revertido dos décadas antes de la fecha previa y mutuamente convenida para la reversión del Canal. En comparación con Massada, Waterloo, Iwo Jima, Montecasino y El Vigía, cercano a la ciudad de Aguadulce, el cerro Ancón es el único en la historia que se ha conquistado con la ayuda de un poema como arma lírica.

La obra *Itinerario de la poesía en Panamá*, de Rodrigo Miró, conspicuo conocedor de la historia de la literatura panameña, incluye los primeros poemas sobre el futuro promisorio de Panamá gracias a la magna obra canalera y la prosperidad que beneficiaría al Istmo, es decir, la ilusión de que la riqueza debida a nuestra posición geográfica dejaría de ser espejismo para convertirse en realidad. Eran versos a la esperanza, similar a la que habían puesto los notables panameños en el Tratado Herrán-Hay, cuya aprobación urgía y cuyo injustificado rechazo los transformó primero en conjurados y tres meses después en próceres de la independencia. Construido el Canal, surgieron las primeras desavenencias y las protestas consiguientes, debidas a las intervenciones en nuestros asuntos internos, lamentablemente autorizadas por la Constitución Política de 1904. Los poemas comenzaron a expresar quejas contra tales intervenciones y ocupaciones, contra la discriminación racial y las inequidades y contra la proliferación de cantinas y burdeles que brotaron por doquier, dada la presencia masiva de la soldadesca norteamericana. Finalizada la Segunda Guerra Mundial y ante el intento del Gobierno de Estados Unidos de mantener algunas de las bases militares construidas durante la conflagración, los poetas se unieron tanto a los sentimientos populares contrarios a la presencia militar norteamericana como a los reclamos para que se le diese un trato más justo y equitativo a Panamá.

Muchos autores panameños han escrito poemas sobre el Canal. Algunos reflejan el impacto que para un país pequeño representó la llegada de miles de trabajadores de todas partes, migración que trajo consigo el surgimiento de barrios populosos, cuya pobreza fue cantada por Demetrio Herrera Sevillano. Una avenida separaba, como si fuera la frontera entre dos países, la bulliciosa urbe capitalina de la apacible Zona del Canal. Panamá careció de puertos, de ferrocarril y del más mínimo ejercicio de jurisdicción en la franja concedida a perpetuidad. Los poetas mostraron su sensibilidad y su indignación al ver y sentir que en su propio país se discriminaba a los afroantillanos como en el sur de Estados Unidos se hacía con los afroamericanos, que al funcionario de más alto rango se le denominaba gobernador y que a los panameños que cometían una infracción de tránsito o eran acusados de un delito se les juzgaba en inglés y las decisiones que resolvían las apelaciones eran tomadas por un tribunal ubicado en el estado de Luisiana. Si todos los panameños éramos sensibles a esa situación, los poetas lo eran más aún, y por su patriotismo y su influencia en la reafirmación de nuestra nacionalidad se han ganado un lugar honroso en la historia de Panamá.

Al inicio de nuestra intervención hacíamos referencia a los poemas que, cantados, se convirtieron en símbolos de una lucha. En la etapa de las negociaciones nos

aprendimos de memoria, de tanto entonarlas, las décimas canaleras del gran poeta veragüense Carlos Francisco Changmarín. Tanto en Panamá como en Washington, escuchábamos con mucha frecuencia, en vivo y en grabaciones, a Pille Collado interpretando las patrióticas muestras de espíritu soberano que contienen los versos del recién fallecido poeta y cuentista vernáculo. También nos entusiasmaban las composiciones musicales «Panamá soberana», de Gladys de la Lastra, y «Colonia americana no», de Luis Bejarano.

En los agradables ratos de distensión que disfrutábamos en la Embajada de Panamá en Washington luego de las sesiones de negociación en el Departamento de Estado, conversábamos sobre los brillantes ensayos de juristas panameños y también sobre novelistas y poetas de distintas generaciones. Diógenes recordaba las críticas que había formulado a la conferencia que en 1933 había pronunciado Roque Javier Laurenza sobre la poesía de la nueva generación republicana. Rómulo nos narraba anécdotas de las concentraciones públicas contra el Tratado Filós-Hines y los efectos del macartismo en Panamá, que afectó a políticos y docentes. Cuando se comentó el poema titulado «El canal de Panamá tiene peces asombrados», del hoy académico Aristides Martínez, nos parecía lógico que los peces hubiesen sentido asombro ante la extraña tecnología invasora de la naturaleza, pero nos prometíamos que, cuando el Canal fuese íntegramente panameño, los peces dejarían de asombrarse al nadar en aguas soberanas. Ignoro si esta apreciación coincide con la interpretación del autor, por lo que valdría la pena que un día nos lo contase.

En aplicación del dicho de que *lo que por sabido se calla, por callado se olvida*, a los panameños nos ocurre un fenómeno compuesto de una mezcla de olvido, desconocimiento y hasta de cierta indiferencia hacia uno de los logros más importantes de nuestra historia. El distanciamiento comenzó después de la ratificación de los Tratados Torrijos-Carter en 1978, se profundizó con la entrada en vigencia de estos convenios en 1979 y se acentuó a partir del 31 de diciembre de 1999 al mediodía, instante en que muchos panameños lloramos de emoción y de alegría pero también de tristeza por la sangre derramada. Además, la Autoridad del Canal de Panamá (ACP) ha demostrado que podíamos hacerlo tan bien como los norteamericanos e incluso mejor, por la visión que tiene de la ruta interoceánica y de sus zonas adyacentes. Esta entidad ha venido desarrollando una serie de obras y servicios que han aumentado los ingresos de la ACP y consecuentemente del Estado, que recibe una suma que no ha hecho más que crecer. Los panameños nos hemos acostumbrado a ese manejo eficiente y no nos extrañaremos de que cada año lo sea más. En consecuencia, ante el hecho cumplido, la

juventud sabe y siente que el Canal es panameño y recorre como si siempre hubieran sido nuestros los sitios donde antes había escuelas, policías, bases militares, bomberos, jueces, hospitales, que pertenecían a una autoridad, la Compañía del Canal de Panamá y al Ejército de Estados Unidos. Actuaban como si fuesen soberanos en un territorio que semejaba un Estado insertado dentro de otro. Esa sensación de que el Canal pertenece a todos no es negativa sino todo lo contrario y por eso es positivo que el cambio haya sido asumido con naturalidad. Nos preocupa, sin embargo, que nuestros jóvenes desconozcan la historia y la literatura que ponen en evidencia cómo el aporte escalonado de distintas generaciones permitió que llegáramos hasta la culminación de casi un siglo de conflictos y diferencias.

El pueblo y sus dirigentes aceptaron afrontar la enorme lucha que, en su mayor parte, por suerte, fue de carácter dialéctico. Poco a poco, fuimos más conscientes de nuestra identidad, de lo que representaba nuestra nación y adquirimos un discernimiento claro de que tendríamos que esforzarnos con los apoyos que consiguiésemos, para recuperar la soberanía y que el Canal fuese panameño. Durante décadas, tuvimos que educarnos con conocimientos, disciplina y capacidad política, para expulsar de nosotros mismos cierto sentimiento de inferioridad de si seríamos o no capaces de administrar el Canal, y luego argumentamos con vehemencia para convencer a los norteamericanos de que lo haríamos tan bien y hasta mejor que ellos, aunque las dudas, hoy justamente disipadas, se manifestaron hasta pocos años después de la entrega del Canal. De allí que sea importante que en las aulas escolares nuestros estudiantes conozcan la historia, lean los poemas, las novelas y las obras de teatro que reflejan literariamente la vocación nacionalista de nuestros escritores. ¿Cabría imaginar que en Estados Unidos no se enseñase el origen de la revolución americana? ¿Podría concebirse que los argentinos desconociesen que a su país, siendo ya independiente, le arrebataron en 1833 las islas Malvinas, que los invasores llamaron Falkland Islands? ¿Entenderían los mexicanos la modernización económica de su país si desconociesen la nacionalización del petróleo por el presidente Lázaro Cárdenas? Nuestros jóvenes deben conocer la historia de las relaciones de Panamá con Estados Unidos, por la gran importancia que tuvieron en el marco de los asuntos exteriores y porque algunas decisiones norteamericanas produjeron impactos dolorosos en el acontecer de nuestra república. Igualmente deben conocer, además de la historia, géneros literarios como la poesía, que inflamó el alma de la juventud y fortaleció el amor a la patria, y la novela, porque la amalgama de hechos reales y ficticios envolvía acertadas críticas contra las intervenciones militares y las medidas discriminatorias que caracterizaron la estrecha relación entre un país pequeño con una posición geográfica privilegiada y otro poderoso que poseía un canal y un ejército para cuidarlo.

No me corresponde hacer un análisis de la novelística panameña relativa al Canal, pues este tema fue tratado de forma magistral por la académica Margarita Vásquez en su discurso titulado «El Canal en la novela panameña», que presentó el día de su ingreso en esta Academia. Me referiré, sin embargo, muy brevemente, a tres novelas que también aluden de manera directa e indirecta a la problemática canalera.

La novela *Canal Zone*, muy poco conocida en Panamá, fue escrita en 1934 por el ecuatoriano Demetrio Aguilera Malta, quien durante cuatro años vivió en nuestro país, donde ejerció como periodista en *El Diario de Panamá*. La obra trata sobre la accidentada juventud de Pedro Coorsi, hijo de griego empleado en el Canal y de afroantillana. Al morir el padre, cuando Pedro tiene 16 años, este se ve obligado a suspender sus estudios en el Instituto Nacional y comienza a ganarse la vida, lo que no le resulta fácil. Participa del movimiento inquilinario de 1932, que tuvo sus raíces en el de 1925, y se decepciona de los políticos que se apoderan de la lucha para entenderse luego con el gobierno, con el fin de catapultarse hacia puestos públicos importantes. La novela se desarrolla en barrios populares y sus protagonistas son personas afectadas por la depresión que, originada en Wall Street en 1929, produjo efectos en el mundo y también en Panamá. Describe burdeles y cantinas como negocios que, a pesar de la crisis, prosperaban. En un ensayo sobre Aguilera Malta, el académico ecuatoriano Renán Flores Jaramillo lo considera como precursor del realismo mágico, especialmente por una novela titulada *Don Goyo*. De lo que no hay ninguna duda es que su obra puede ser catalogada como de protesta social y la novela *Canal Zone* es un ejemplo de eso.

La novela *Estación de navegantes*, del académico Dimas Lidio Pitty, fue escrita en los años de la década de 1960, cuando, al internacionalizarse la guerra de Vietnam, el mundo la enjuició conforme a la división entre capitalismo y comunismo, característica de la rivalidad de entonces entre dos grandes potencias militares. Gran parte de la opinión pública norteamericana no consideró la intervención de Estados Unidos como justa ni a sus soldados como héroes de una noble causa.

En la vida nocturna de la ciudad de Panamá, entablan amistad un joven interiorano y un excombatiente de la guerra de Vietnam. A lo largo de dos días de diálogos en bares y lupanares, afloran por parte del veterano soldado, cuyo padre ejercía como profesor en Filadelfia, los traumas psicológicos que, con licor y prostitutas, trata de borrar de su mente, sin conseguirlo. No logrará vencer su depresión y se decantará por un destino fatal. Junto al quehacer de personajes comunes y corrientes, se enmarca la inevitable presencia de la Zona del Canal y de los seres privilegiados que la habitan. Esta

novela contiene una de las mejores descripciones que he leído sobre la vida artificial, casi utópica, que se vivía en ese territorio diseñado a imagen y semejanza de un paraíso tropical.

En el inicio del presente siglo, en la estela aún cálida de los ataques terroristas contra Estados Unidos, el poeta José Franco escribió una novela corta de suspenso que se titula *Operación Plutonio 239*, publicada en 2003. Su argumento, que parece destinado a una película, consiste en una acción que los integrantes de un comando terrorista quieren perpetrar en el Canal de Panamá, con el fin de secuestrar una nave cargada de plutonio radiactivo con la que amenazarán al Gobierno de Estados Unidos. Sus protagonistas son femeninos y, como cabe esperar, utilizan más la inteligencia que la fuerza. Si desean conocer los esfuerzos para evitar la catástrofe y el sorprendente final, les recomiendo que lean la interesante novela.

Se han publicado pocas obras teatrales que fundamenten su argumento en el canal de Panamá. Hasta donde alcanza mi conocimiento, son tres. Dos de las obras han sido escritas de manera conjunta por Ernesto Endara. *El veredicto*, con el académico Juan David Morgan, es un juicio en el que el público hace de jurado, contra la actuación de Bunau-Varilla en la independencia como medio para lograr el tratado leonino de 1903, que a él le produjo enriquecimiento personal. *Pro Mundi*, en colaboración con Beatriz Valdés Escoffery, es la historia de una quimera despedazada por la naturaleza y los errores, en la que intervienen los autores en papeles de intérpretes, Roosevelt, de Lesseps, un chino y una afroantillana. La tercera obra se titula *Los fantasmas del Canal*, y su autora es Sonia Ehlers, colonense biznieta de Pedro Prestán, sobre quien ha escrito una interesante biografía. Es una obra teatral sucinta y reciente, pues fue escrita en 2012, para ser interpretada y vista por estudiantes. Todavía no ha sido llevada a los escenarios. Los fantasmas son los franceses que intentaron en vano construir el Canal y algunos miembros de la Junta Provisional de Gobierno integrada en noviembre de 1903. Aparte de los sucesos históricos, al final, los fantasmas envían un mensaje didáctico acerca de la preservación de los valores cívicos, éticos y morales, necesarios para evitar la destrucción del legado recibido de quienes construyeron la República. Valdría la pena que, con motivo del centenario del Canal, se conversase con grupos de arte escénico, tanto de universidades como de las escuelas secundarias, con el fin de presentar las tres obras en 2014 y procurar que sean grabadas en televisión, para obtener así una difusión más amplia. Solamente *El veredicto* fue puesta en escena el año del centenario de nuestra independencia.

Si me he atrevido a esbozar algunas consideraciones sobre la literatura panameña inspirada en la existencia del Canal, no ha sido con el propósito de ilustrarlos acerca del

quehacer literario nacionalista, pues ustedes poseen un amplio conocimiento del género que podríamos denominar «canalero». Creemos que, como parte de la historia que no queremos que se olvide acerca de las luchas para que el Canal fuese nuestro, debería incluirse la literatura de protesta que ayudó a formar la conciencia, el sentido de lo que significa ser panameño.

Si coincidimos en que la literatura ha sido un medio útil, idóneo y además docente y placentero para robustecer, especialmente en los jóvenes, su identidad nacional, tal como lo hicieron en las aulas nuestros profesores, es menester que se conozca más y mejor la producción literaria panameña. Las modestas sugerencias que haré a continuación van dirigidas a todos, pero fundamentalmente a los miembros de la Academia, para que, en cumplimiento de una de las tareas primordiales que podría realizar esta entidad, como es la de fomentar la cultura por medio de nuestro idioma, contribuya a un mejor y mayor conocimiento de nuestros escritores.

La Academia Panameña de la Lengua podría preparar una antología de los poemas más significativos sobre el canal de Panamá, los cuales irían precedidos de una reseña biográfica de cada autor con críticas y comentarios respecto a cada uno. A los poetas se les solicitaría que grabasen en audiovisual algunas de sus creaciones, además de entrevistas en las que contarían hechos salientes de sus vidas y las circunstancias que los motivaron a escribir sus poesías. Algo parecido se podría hacer con las novelas, ya que si algo uno echa de menos es la poca información que tenemos acerca de los novelistas, pues los pocos datos que se nos brindan se repiten una y otra vez.

En esencia, la Academia Panameña de la Lengua, con motivo del centenario del Canal, podría preparar una selección de obras que considerase oportuno y conveniente reeditar, con el fin de que sean profusamente divulgadas en el ámbito nacional e internacional.

La Autoridad del Canal de Panamá, que en 1999, patrocinó la **Biblioteca de la Nacionalidad**, en treinta y dos volúmenes, en los cuales se incluyen dos de las novelas canaleras, *Luna verde* y la citada *Estación de navegantes*, podría, en forma más modesta pero con mayor tiraje, auspiciar la edición de los poemas y novelas referentes al canal de Panamá. Uno de los propósitos sería el de hacer un reconocimiento a quienes con su buen hacer literario contribuyeron en distintas épocas de nuestra historia, a formar la conciencia nacionalista y patriótica de los panameños, la cual fue útil y necesaria en las luchas por la recuperación de la plena soberanía en todo nuestro territorio. Sería a

nuestro entender, la mejor forma de honrar a quienes con sus creaciones literarias nos hicieron vibrar de emoción con versos y novelas que nos producían indignación contra lo injusto y un enorme deseo de reivindicación para que se reconociesen nuestros derechos. El otro motivo, al cual ya he aludido, consistiría en impartir a la juventud mayores conocimientos sobre la literatura nacionalista istmeña.

Ojalá que, a petición de la Academia Panameña de la Lengua, la Autoridad del Canal de Panamá colocase con motivo del centenario del Canal, unos hitos parecidos a las piedras miliarias con que los romanos marcaban las distancias en sus vías, en los que quedasen grabados para la posteridad los versos señeros que la Academia seleccionaría. Estas expresiones poéticas inspiradas en las esperanzas de un pueblo, se ubicarían en un paseo, avenida o calzada de circulación peatonal para que los panameños y los extranjeros los leyesen al pasar y supiesen que en Panamá hemos sabido honrar a nuestros poetas.

Como no se trata de hacer una lista exhaustiva, citaré solamente algunos de los versos que podrían interesar a quienes deambulen por la antigua Zona del Canal, afortunadamente desaparecida. Ustedes notarán que algunos de los poemas fueron concebidos con motivo de la agresión que el 9 de enero de 1964 cometió Estados Unidos contra Panamá.

En 1954, pocos años antes de que Aquilino Boyd y Ricardo Ríos Torres fuesen a sembrar banderas en la Zona del Canal, el poeta santanero Demetrio Korsi, en su «Oda inflexible» al cerro Ancón, grabada en placa de bronce en su cima, expresaba así sus sentimientos:

¿Ah, cuándo volverá sobre tu cumbre
nuestra bandera a tremolar un día?
¿Cuándo terminará la servidumbre
de tu inmolado pueblo, patria mía?

Del poema de Carlos Francisco Changmarín, «Quiero sembrar un maíz», escrito en forma de décimas para ser cantadas, citamos estos versos:

Quiero sembrar un maíz
en la Zona del Canal.
Y sobre el verde arrozal,
la saloma más feliz.
He de escuchar la perdiz,
allá en la curva lejana,
y encima de la montaña,

clavaré la enseña mía.
Ay flor de soberanía,
que rescataré mañana.

De Elsie Alvarado de Ricord, exdirectora de esta Academia, extraemos estos versos de su poema «A los héroes panameños», de quienes expresa con una mezcla de dolor y de ternura:

¿Quién ha osado segar este prodigio
de corazones jóvenes, colmados
por más de medio siglo de injusticia,
vivas antenas que captar sabían
los acentos más hondos de la patria?

El chiricano Víctor Franceschi escribió el poema «Panamá es la soberana»:

Ejercer soberanía
sobre la faja alquilada
es materia reclamada
desde muy lejano día.
La patria se humillaría
si no logra lo vital:
El trato de igual a igual
que merece la nación
izando su pabellón
EN LA ZONA DEL CANAL.

En la parte final de su poema «Panamá defendida», José Franco destila estos versos cargados de esperanza:

Aún te siguen golpeando,
Patria mía.
Sin embargo,
mañana serás júbilo,
podré mirarte alegre,
oler tu casa limpia,
sentir la aurora libre
sobre tu patrimonio.

Junto a tu corazón,
mañana, te lo juro,
cantaremos un himno
por la vida.

Moravia Ochoa, en su poema «La historia de mi gente» manifiesta así su indignación:

Duele para que tu patria pegues gritos
para que el caracol reviente los cascos de su casa

y tú vestida de libertad por todos lados
vuelvas a amar sin ese odiar un poco.
Duele y se siente que estás en medio de todo
como un archipiélago incrustado
en el mar que llevamos cada vez más violento.

El poeta, ensayista y cineasta Pedro Rivera, compañero en el Instituto Nacional, escribió en 1958, último de nuestro bachillerato, «Incendio de sollozos», poema en el que recuerda el año 1903:

Panamá otorga en la hiel de sus tratados.
Otorga la estatura de sus selvas,
sus árboles, su flora de ternuras.
Otorga sus novias, sus niños, sus cuadernos.
Sus símbolos de llanto y cicatrices.
Las lámparas profundas de su idioma.
Su antigua primavera de sollozos.

El profesor y académico Aristides Martínez Ortega, en su poema titulado «El canal de Panamá tiene peces asombrados», que leíamos junto con otras poesías durante las negociaciones, expresa que:

En aquel tiempo, los hombres cavaron la tierra
y apareció una mezcla oceánica con peces asombrados.
Extraño océano sin corales, sin moluscos, sin cangrejos,
sin algas, sin caracoles, sin nada.
—solo peces asombrados—,
sin el canto acuático de las olas,
sin el olor marino del agua,
sin orillas de arena,
—solo peces asombrados.
Sin embargo, maravilloso;
cuánto número sumado, restado, dividido, multiplicado;
cuánto cálculo, cuánta estabilidad, cuánta exactitud,
¡cuántos peces asombrados!

Berta Alicia Peralta, finaliza así su «Elegía»:

Patria, patria que te duelen hoy
todos los dolores de tus hijos.
¡Patria, patria que te sientes débil y pequeña
para guardar tú sola tanto dolor que llevas en el alma!
No significa nada nuestro dolor de antes, patria.
Significan ahora, solo tus héroes y tus mártires
y tu sangre y sus muertos
y tu corazón caliente y rojo,
hirviente fuego de tu propia entraña.

En su poema «Soberana presencia de la patria», Diana Morán se lamenta así:

Mi patria, cántaro de amor en todo idioma,
que ofrece su agua buena al peregrino,

ha arrastrado sesenta calendarios
sin derecho a la fruta, al árbol de su huerto,
sagrada en la bondad de su cintura.
En cada sitio de mi cuerpo hay un dolor de siemprevivas
para contar al mundo la parábola del buen vecino
que aplastó la luz recién nacida.

En «Diminuto país de gigantes crímenes», Manuel Orestes Nieto recuerda la cerca divisoria colocada en gran parte de la avenida conocida como 4 de Julio hasta 1964, luego rebautizada como avenida de los Mártires:

La cerca:
como esos rediles donde los lobos
se enroscan para construir las mordidas
y el odio,
como cavernas donde ni la tristeza tiene cabida
y solo hay un tramar de complicidades
y amargos sueños,
como esos pasillos de muerte,
como la muerte por los pasillos de edificios blancos.

Estas propuestas no tienen otra finalidad que la de rendir merecido homenaje a escritores que con sus inspiraciones contribuyeron a fortalecer el espíritu patriótico de los panameños. Los sueños de soberanía que plasmaron en sus producciones literarias se les cumplieron. Ojalá que todos colaboremos para que este sueño que hoy presento ante ustedes, consistente en hacer que sus obras sean más leídas y disfrutadas, llegue a convertirse en realidad.

Muchas gracias.